

# MEMORIAS DE MI CARRERA Y MIS CONTEMPORÁNEOS

POR: RAÚL ANGUIANO

Siempre he dibujado, como todos los niños lo hacen, pero yo nunca he cesado de hacerlo. Siempre me recuerdo a mi mismo dibujando con sumo placer, y desde mi infancia preferí dibujar en vez de jugar.

Un lápiz de color morado pálido es el juguete que mejor recuerdo. Su olor, el perfume de la madera al tajar el lápiz, era el único aliento de felicidad en el exilio, en el aburrimiento de la escuela.

Mis modelos eran las estrellas del cine mudo a quienes admiraba y a las que retrataba en mis dibujos infantiles: Mary Pickford, Norma Shearer, Pola Negri, Charles Chaplin.

También dibujé retratos de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, tomados de fotografías que tenía mi padre, José Anguiano, quien había tomado parte en la Revolución junto con mi abuelo materno: Graciano Valadez. Los dos se alistaron bajo el mando del General Manuel M. Diéguez, en Jalisco, y fueron compañeros de armas y David Alfaro Siqueiros, quien formó parte del Estado Mayor del mismo General.

Mi primera influencia artística o emoción estética la experimenté al contemplar una *Sagrada Familia* de Rafael Sanzio, de una reproducción en blanco y negro que tenía mi abuela paterna. Esto quiere decir que desde pequeño me interesé por un dibujo riguroso, italiano, clásico.

A los doce años de edad ingresé a la Escuela Libre de Pintura, que se encontraba en el Museo del Estado de Jalisco, en Guadalajara. Mi primer maestro fue el pintor y acuarelista Ixca Farías, hombre bondadoso y cordial, obeso, y con su eterno puro en la boca y una cachucha clara que cubría su cabeza calva.

Sin presionarnos, sólo nos estimulaba a que pintáramos o dibujáramos todo lo que nos rodeaba: los claustros, las arquerías en perspectiva, los jardines del Museo, las columnas de cantera amarilla del bello edificio colonial.

En los muros de una capilla, Ixca había colgado magníficas reproducciones de figuras del *Juicio Final* de Miguel Ángel y de las *Estancias* de Rafael. También dibujábamos figuras humanas para las que posábamos unos a otros, los estudiantes de nuestro grupo que nunca fue muy numeroso.

Hacíamos torpes copias al óleo de los cuadros del Museo. Ahí conocí a mis compañeros Jesús Guerrero Galván, Francisco Rodríguez "Caracalla", Francisco Sánchez Flores, Rubén Mora Gálvez y a un músico-pintor al que apodaban "Van Dick". Este era tuerto y se ganaba la vida pintando todo lo que le encargaban y por las noches tocaba el piano en un burdel.

Todos mis compañeros me trataron con afecto. Yo era bastante menor que ellos. Tenía doce años de edad. Me llamaban "Rafaelito" o el "niño Anguiano".

Cuando entré a la Escuela Preparatoria, a los trece años, conocí al maestro José Vizcarra, quien impartía la clase de dibujo del natural. Dibujábamos jarritos y otros objetos. Cuando mi maestro vio un dibujo que yo había hecho en el Museo, un apunte de un compañero mío frente al caballete, me pidió que lo repitiera, pero con la figura en sentido inverso. Dudó que fuera hecho por mí. Antes de terminar la clase le mostré el dibujo a mi maestro. El me ordenó que lo esperara al finalizar la clase. Puso una mano sobre mi hombro y me dijo: “Tal vez este sea tu destino, acompáñame a mi taller. Te voy a dar clases de dibujo y de pintura. No es necesario que me pagues.” Yo muy emocionado le dije que únicamente debía avisarle a mis padres.

Empezaron las lecciones dos veces por semana. Mi madre, Abigail Valadez, que siempre me apoyó y estimuló en mi carrera, unos meses después de que comencé a asistir al taller de José Vizcarra me pidió que ofreciera pagar a mi maestro. Ella cubriría todos los gastos de materiales y la modesta cantidad que el maestro cobraba.

Permanecí un poco más de dos años trabajando en el luminoso taller de Vizcarra, quien por entonces tendría unos sesenta y cinco años. Él había sido discípulo de los maestros José Salomé Pina y Santiago Rebull en la Academia de San Carlos, en la capital de la República.

Al taller de mi maestro asistíamos poco discípulos varones. Nunca vi a las señoritas que asistían a clases en diferentes días de la semana.

Entre mis compañeros de clase recuerdo a “Caracalla” y a Luis Godínez Fonseca, músico y pintor.

Vizcarra nos pasaba de una disciplina a otra, sin presiones, sin el rigor de las academias, sino atendiendo a nuestra lenta o rápida evolución: dibujo al carbón de yesos, objetos y figura humana al natural; pintura, copia de naturalezas muertas y cabezas humanas. Los mismos ejercicios al óleo; nociones de anatomía, perspectiva e historia del arte. Nos mostraba sus propias pinturas y dibujos: algunos apuntes rápidos realizados en pueblos y mercados de Jalisco y en los barrios de Guadalajara. Él era un hábil dibujante y buen retratista. Nos enseñó a preparar telas y cartones para pintar al óleo. Fue un verdadero maestro que nos hizo desarrollarnos sin aplicar una férrea disciplina, sino una práctica placentera y estimulante.

Cuando creyó conveniente, él mismo nos dio a entender que deberíamos emprender nuestro propio camino, como lo habían hecho antes que nosotros, Luis Sahagún, que estudiaba en Roma por aquel entonces (1929), y Jesús Guerrero Galván, que ya era un pintor diestro que había asimilado toda la técnica de la pintura y en especial del dibujo del maestro Vizcarra. Jesús siempre conservó la influencia del maestro en los trazos rápidos y el cruce de líneas en el sombreado de figuras.

## BANDERA DE PROVINCIAS

Para abandonar la orientación académica y buscar mi propio camino me uní a un grupo de intelectuales y artistas; Banderas de Provincias, que estaba integrado por Agustín Yáñez, José Guadalupe Zuno, Enrique Martínez Ulloa, Emmanuel Palacios, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, José Cornejo Franco, Manuel Martínez Valadez (tío mío), Jesús Guerrero Galván y Rubén More Gálvez. Yo, por entonces (1930), tenía quince años de edad. Algunas veces nos visitaban otros escritores y artistas, como el arquitecto Luis Barragán y el ya brillante conferenciante Antonio Gómez Robledo.

El grupo publicó una revista del mismo nombre: Bandera de Provincias. Se organizaron exposiciones colectivas de pintura y escultura de las que recuerdo obras incipientes pero ya interesantes de los escultores Francisco Marín y León Muñiz. Yo participé en la primera exposición con dos cuadros de pequeño formato, al óleo sobre cartón (no siempre tenía dinero para comprar telas), sobre temas campestres de Jalisco. Asistí con asiduidad y grandes deseos de aprender a las conferencias organizadas por el grupo.

Leía los libros que me proporcionaban mis compañeros y amigos mayores que yo: *Realismo mágico* de Franz Roh, *Los ismos* de Gómez de la Serna, *Filosofía del arte* de Hipólito Taine; *Poesía y ensayos* de José Juan Tablada; las obras primeras de Yáñez, Martínez Valadez, Gutiérrez Hermosillo, Emmanuel Palacios, etcétera.

Uno de los libros que leí entonces y que más me impresionaron fue *Vidas ejemplares* de Romain Rolland.

Ese grupo influyó en mi formación intelectual. Me gustaba leer la poesía y los *Diálogos* de Giacomo Leopardi y *El príncipe* de Maquiavelo. Este libro lo tenía mi padre quien además de ser fabricante de calzado, se dedicaba a la política. Se llegó a interesar demasiado en esta actividad y descuidó su negocio, fue presidente del PNR en Jalisco y diputado local por el partido creado por Plutarco Elías Calles. Pero mi padre no hizo dinero con la política, más bien se empobreció al descuidar su fábrica de calzado. Debido a ello, al verme sin los medios necesarios para proseguir mi carrera de pintor, me vi obligado a trabajar como maestro de dibujo a los diecisiete años de edad, para ayudar a mi numerosa familia; éramos nueve hermanos: cinco varones y cuatro mujeres, siendo yo el primogénito. Alternaba mi trabajo como maestro de dibujo en las escuelas primarias de Guadalajara con la práctica de la pintura y el dibujo en un estudio que alquilábamos en una casa propiedad de Chucho Reyes. La casa estaba cerca del mercado de San Juan de Dios; pagábamos la renta entre "Caracalla", un aficionado naif que fungía como tesorero del grupo, Jorge Martínez y yo.

Nuestros modelos para desnudo eran maestras normalistas (muy liberales para aquellos años), amigas intelectuales y costureras que necesitaban ganar un poco de dinero extra. Posaban para mí también las empleadas de la zapatería de mi madre o las obreras de la fábrica de mi padre. Aún recuerdo a "La Chala", de rasgos orientales y cabello largo y lacio: este tipo físico se ha fijado a lo largo de toda mi carrera. Por ello me interesarán muchos años después los lacandones de la selva de Chiapas y el exotismo de las pinturas tahitianas de Gauguin.

Cuando hubo cambio de director de Educación en Jalisco, que entonces era mi tío, el escritor Manuel Martínez Valadez, perdí mi empleo de maestro de dibujo; por aquellos tiempos no había sindicatos que defendieran a los profesores y empleados.

Sin la ayuda de mi padre, cuya fábrica se encontraba en bancarrota, decidí venir a la capital de la República. Y para ello organicé un remate de mis pinturas ayudado por "Caracalla" (así le apodábamos por su labio inferior saliente y sus rasgos que lo asemejaban a un busto de yeso del emperador romano que había sido nuestro modelo de dibujo).

Con escasos recursos económicos emprendí el viaje. Tomé el tren en vagón de segunda clase. Dejé atrás a mi numerosa familia, a recuerdos, y a mis primeros contactos con el arte moderno mexicano: unos murales a la encáustica pintados por Carlos Orozco Romero en la biblioteca del estado, un retrato de un pintor de estilo cubista, pintado por Diego Rivera en ocre y grises que se encontraba en el Museo, en Guadalajara.

También recordaré siempre un monumental *San Cristóbal*, un mural en rojos y negros pintado por Amado de la Cueva en una pared del patio del Palacio de Gobierno; esta pintura fue borrada o cubierta con pintura tiempo después.

Quedaron grabadas en mi memoria las notas de *Scherezade* de Rimski-Korsakov, ejecutada por la Sinfónica de Guadalajara, que ensayaba en los claustros del Museo mientras nosotros copiábamos o estudiábamos los grandes cuadros de la vida de San Francisco de Asís, realizados en el taller de Bartolomé Esteban Murillo.

No olvido tres cuadros de mediano formato, pintados con gran soltura por Lucha Giordano: eran los bocetos para las pinturas monumentales que muchos años después contemple con sorpresa en la Iglesia de la Salute en Venecia (1952). Uno representaba a la Virgen niña al ser presentada en el templo.

## LLEGADA A MÉXICO

Era el año de 1934 cuando llegue a la estación de Colonia, y en un taxi de cincuenta centavos “la dejada”, pronto me encontré en la calle de Guatemala No. 50 (donde hace poco tiempo ha quedado al descubierto el Templo Mayor de los aztecas). En una accesoria que daba a la calle, como parte de aquella casona, vivían mi tía Cuca, mi tío Carlos, que era sastre y las dos hijas de ambos.

Con ellos tenía yo las comidas de medio día, pero me alojé con mi tía Rebeca y mi tío, el licenciado Adolfo Hernández Marín, que vivían por el Jardín Morelos, atrás de la Basílica de Guadalupe. Empezó mi lucha por obtener un empleo de maestro de artes plásticas. Me presenté a oposición y no fui aceptado, no obstante que me preparé teóricamente, estudiando todas las tardes en la Biblioteca Nacional y dibujando como siempre lo había hecho.

Aquí conocí las intrigas políticas de los grupos de artistas, las pequeñas “capillas” de los años treinta.

Como mis amigos eran los “revolucionarios” Jesús Guerrero Galván, Roberto Reyes Pérez, Juan Manuel Anaya y Máximo Pacheco, los “puristas” que dirigían el arte oficial se encargaron de ponerme obstáculos. Esto me lo advirtió mi paisano Roberto Montenegro, durante una visita que hice a su estudio: “no se una a ese grupo, véngase con nosotros, porque lo van a reprobar”, fueron sus palabras. Naturalmente yo hice todo lo contrario: me radicalicé en lo ideológico y en lo artístico.

Debido a mis primeras lecturas sobre problemas sociales y económicos; al conocimiento de las novelas de la Revolución Mexicana; de la historia de la Revolución Rusa; al impacto emocional que me causaron los frescos de Diego Rivera, de Orozco y de los de más muralistas: David Alfaro Siqueiros, Fermín Revueltas, Ramón Alva de la Canal, Jean Charlot, Fernando Leal y otros, experimenté un cambio en mi manera de pensar (quiero recordar que Leal fue la primera persona que escribió sobre mis obras con motivo de mi primera exposición en México en el Palacio de Bellas Artes, en 1936). Mi naciente interés por los movimientos obrero y campesino y por el sindicalismo (fui Secretario general de la Unión de Profesores de Artes Plásticas el mismo año de 1936), fueron decisivos en ese cambio.

Por todo ello, comencé a olvidar mi educación familiar y provinciana. El ambiente en que yo me había formado hasta los diecinueve años de edad se sustentaba en el cristianismo no fanático de mi madre y el liberalismo revolucionario de mi padre.

Con el ascenso al poder del General Lázaro Cárdenas, el grupo al que yo pertenecía: Alianza de Trabajadores de las Artes Plásticas, integrado por cinco pintores, pudo obtener posiciones burocráticas por medio de la alianza con la Federación de Escritores y Artistas proletarios (FEAP), capitaneada por José Muñoz Cota, quien había sido orador oficial del General Lázaro Cárdenas durante su campaña política.

Muñoz Cota fue nombrado Jefe del Departamento de Bellas Artes. Así se llamaba entonces esa dependencia (1935) y sus oficinas se encontraban en el edificio de la Secretaría de Educación Pública.

El año que estuve sin trabajo oficial, después de mi llegada a la Ciudad de México, fue muy útil para mí. Me dediqué a leer, a pintar acuarelas imitando la técnica del fresco, con pequeñas “hachuras” o pinceladas y aprendí a pintar murales al fresco, sirviendo de ayudante a mis amigos Guerrero Galván, Roberto Reyes Pérez, Máximo Pacheco y Juan Manuel Anaya.

Pintamos decoraciones murales en una escuela de la colonia Portales. La paga que yo recibía era de veinte pesos a la semana y la comida de mediodía, en una fonda, o en el mercado de Portales.

Pasé un año muy feliz aprendiendo, pintando y comiendo un poco mejor.

## LA LIGA DE ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS

Poco tiempo después de que se formó la LEAR, los artistas y escritores que militábamos en la FEAP ingresamos en masa a la naciente organización; muy pronto los escritores se retiraron, siguiendo a Muñoz Cota.

Los pintores permanecemos en la LEAR; nuestro lugar de reunión era una capilla del antiguo convento de San Jerónimo; ahí conocí a otros artistas e intelectuales que en cierto sentido influyeron en mi evolución.

Entre los miembros destacados de la LEAR recuerdo al grabador Leopoldo Méndez, a los pintores Alfredo Zalce, Pablo O'Higgins, Feliciano Peña, Francisco Dosamantes y José Chávez Morado; a los escritores Juan de la Cabada (quien fue el primer Presidente de la organización) y a José Mancisidor; al músico Silvestre Revueltas, quien fue el segundo Presidente.

Con el auge de la organización, ya en la época del gobierno del General Lázaro Cárdenas, llegaron otros intelectuales y artistas: Octavio Paz, Luis Sandi, Jorge Juan Crespo de la Serna, Julio de la Fuente, Santos Balmori, Luis Cardoza y Aragón, Arqueles Vega, Hermilo Abreu Gómez, Nicolás Pizarro Suárez, Fernando Gamboa y muchos otros.

Se unieron a la LEAR un grupo de maestros destacados que integraron la sección de Pedagogía.

Nos visitaban escritores y artistas de varios países que venían a impartir conferencias y a convivir con nosotros. Recuerdo con afecto al brillante conferenciante y escritor Juan Marinello, a Nicolás Guillén, a Waldo Frank, a Aníbal Ponce.

La LEAR publicó la revista *Frente a Frente*, editó libros, organizó exposiciones, conferencias, conciertos, brigadas culturales a la provincia, en donde los miembros de la sección de artes plásticas pintamos murales en edificios sindicales y gigantescas decoraciones y mantas para mítines y manifestaciones de masas.

En 1938, en las postrimerías de la LEAR, llevamos a La Habana, Cuba, dos exposiciones: una de pintura y otra de fotografía, gráfica y maquetas sobre el reparto agrario en La Laguna. La comisión encargada de llevar e instalar las exposiciones estuvo integrada por Xavier Guerrero, su esposa Clarisa Porcet y yo. En Cuba sustentamos conferencias e hicimos demostraciones de pintura al fresco para grupos de artistas. Nos relacionamos con poetas, escritores y pintores; entre ellos conocí a León Felipe cuando leyó su farsa poética *El payaso de las bofetadas* y *El pescador de caña*. Regresamos juntos a México en barco acompañados por Clarita y Xavier, con pasaje de tercer clase.

Pocos meses después, ilustré con viñetas el poema que le escuché en La Habana; el primer cuaderno de León Felipe publicado en México por el recién nacido Fondo de Cultura Económica.

## EL TALLER DE GRÁFICA POPULAR

En las postrimerías del régimen del General Cárdenas, la LEAR se había burocratizado debido al oportunismo de algunos de sus miembros. Fue cuando un grupo de pintores y grabadores decidimos fundar el Taller de Gráfica Popular. Con una cuota muy modesta y con la ayuda de algunos amigos de Leopoldo Méndez, adquirimos la prensa que, según la tradición, había pertenecido a la Comuna de París. Nos hicimos también de una prensa de mano y de algunas piedras litográficas que habían servido para dibujar e imprimir etiquetas y cajetillas de la fábrica de cigarros El Buen Tono. Comenzó a trabajar con nosotros José Sánchez, magnífico litógrafo, quien imprimió nuestras litografías por muchos años. Los artistas fundadores fuimos: Leopoldo Méndez, Alfredo Zalce, Pablo O'Higgins, Luis Arenal, Ángel Bracho, Ignacio Aguirre y yo. Pronto se unieron a los fun-

dadadores Xavier Guerrero, Gonzalo de la Paz Pérez, Everardo Ramírez, Francisco Dosamantes, Jesús Escobedo, Isidro Ocampo y Antonio Pujol. Más tarde vinieron al TGP, José Chávez Morado, Roberto Berdecio, Fernando Castro Pacheco, Alberto Beltrán, Andrea Gómez, Francisco Mora, Elizabeth Cattlet, Celia Calderón, Arturo García Bustos, Mariana Yampolsky y otros compañeros.

Los postulados y la orientación política del Taller eran de claro apoyo a las luchas populares, obreras y campesinas; en contra de la carestía de la vida; por mejores salarios para las clases trabajadoras; por una educación amplia para todo el pueblo; en contra de la guerra y del fascismo.

Se practicaba un arte, una grafía basada en las tradiciones populares de México. No hacía mucho tiempo que se había redescubierto y exaltado la obra de José Guadalupe Posada; y conocíamos los grabados de este genial artista popular; también las estampas de Picheta y de Manilla, así como los grabados de Goya y de Daumier.

Era nuestro Taller profundamente mexicano, pero ligado con el arte y los artistas internacionales. No estaba formado por grabadores de una sola orientación ideológica; los únicos que no tenían caída en la TGP eran los artistas reaccionarios o fascistas. Había artistas progresistas de diferentes credos políticos o religiosos. Como nosotros trabajó durante largas temporadas el pintor francés Jean Charlot, que era católico, así como otros artistas extranjeros. Recuerdo con especial afecto al magnífico grabador checo Koloman Sokol.

Referente a mi manera de pensar, yo siempre he sido muy ecléctico y antisectario, tanto en el aspecto ideológico como en mi expresión artística. En la época en la que milité en la LEAR solía reunirme los sábados por la noche con Jesús Guerrero Galván, Roberto Reyes Pérez, Efraín Huerta, Luis Cardoza y Aragón, Jaime Colson (un pintor dominicano), Luis Ortiz Monasterio y Federico Cantú; nuestro centro de reunión era un restaurante alemán en el centro de la ciudad.

Mientras cenábamos y bebíamos cerveza, platicábamos de literatura, de poesía, de pintura universal. Rara vez de política. Así es que yo no solamente me interesé por las teorías sociopolíticas, sino también por la poesía de Lautréamont, Verlaine, Edgar Allan Poe, Baudelaire y Rimbaud.

Mis dibujos y pinturas fantásticos fueron realizados en los años treinta y cuarenta, paralela o contemporáneamente a los murales de claro contenido político que pinté en el Centro Escolar Revolución aquí en la Ciudad de México, y en Morelia, en un edificio sindical.

Por esos años hice dibujos y carteles contra el franquismo, la guerra y el fascismo. Trabajos efectuados en el seno de la LEAR, y el TGP.

En esa época, de ricas y variadas experiencias, frecuenté los barrios bajos, las “carpas” y los cabaretuchos, en compañía de Guerrero Galván, Jesús Escobedo, Francisco Dosamantes y Efraín Huerta. Pinté una serie de cuadros y realicé una serie de dibujos sobre tema de “carpas”, de mariguanos, de prostitutas y soldados, algunos de los cuales todavía conservo.

Fue la época en que Huerta escribió poemas sobre temas semejantes, como *Los perros del alba*, inspirados en los amaneceres de Garibaldi o en Peralvillo. Efraín publicó en *El Nacional* algún ensayo sobre mis dibujos fantásticos.

Algunos sábados por la noche íbamos al Salón México (fuente de inspiración de Aaron Copland) a bailar con amigas intelectuales o con “gatas”. Ahí era campeón de tango el Indio Fernández. En las carpas de Garibaldi triunfaban “Cantinflas”, “La Flaca”, “Palillo” y “Lupe la Criolla”, cantante morena de ojos verdes. Estos personajes, transformados, aparecen en mis dibujos y temples de los años treinta.

Del año 1936 al de 1942, datan algunos de mis cuadros y dibujos que considero más interesantes: *Después de la próxima guerra mundial*, dibujo a pluma; *La llamada del destino*, óleo; *Melancolía*, óleo sobre cartón; *Caín*, óleo; *Flor de Plato*, óleo sobre masonite; *La llorona*, óleo que fue adquirido por el Museo de Arte Moderno de Nueva York; también realicé una serie de dibujos basados en mis sueños. En los óleos de esa época predominan los grises plateados, fríos.

## VIAJE A NUEVA YORK

En diciembre de 1940 emprendí mi primer viaje a Nueva York, en donde permanecí poco más de dos meses estudiando en The Art Students League, gozando de una beca que obtuvo para mí el pintor Stefan Hirsch, a quien yo había conocido en México y que era maestro en esa escuela de arte.

Estudié detenidamente los museos. Pinté durante las mañanas en mi frío cuarto de hotel en la Calle 14 del Greenwich Village. En una cafetería cercana tomaba un jugo de naranja y un café con pan como desayuno. Volvía a mi cuarto con una manzana y una botella de leche que consumía durante la mañana, mientras pintaba.

Por las tardes visitaba los museos y galerías y por las noches me iba a dibujar a las bellas y monumentales modelos desnudas de la clase de Stefan Hirsch.

Sufrí de frío en aquel invierno duro pero inolvidable por sus contrastes: por mis amigos y amigas del Clay Club en la Calle 8, escultores y dibujantes. Entre ellos el cubano, Julio Girona, con quien viajé a Nueva York. Ahí conocí al escultor español José De Creeft.

Los viernes por la noche asistí a las sesiones de dibujos rápidos de figura humana desnuda en el Club de Escultores; luego a las cenas colectivas en el barrio chino o en restaurantes italianos baratos. Más tarde, en la noche y acompañados de grandes garraños de vino tinto, organizábamos bailes en el mismo Club.

## CAMBIOS EN MI PINTURA

En las pinturas y dibujos producidos durante mi estancia en Nueva York y, posteriormente, a lo largo de los años cuarenta, se puede observar un cambio en la técnica, en el color, y en la composición. Este cambio se operó como resultado de mis diarias visitas a los museos y galerías de aquella ciudad que me produjo una fuerte y profunda impresión.

Observé y estudié con detenimiento las texturas y la sabia composición de Cézanne, las pinturas de El Greco, de El Tintoretto, de Rembrandt, de Picasso y de Van Gogh.

Las encáusticas greco-egipcias me parecieron, no obstante, haber sido pintadas en sarcófagos, los retratos más vivos y modernos que yo hubiera visto hasta entonces. Era un nuevo mundo para mí. Se abrían ventanas y amplias perspectivas para la expresión artística. Una visión más universal del arte.

En la Galería de Blache Bonestell dejé mi producción de esos meses y algunos cuadros y dibujos que llevé de México; cuadros y dibujos que nunca volví a ver: seis óleos pintados en Nueva York y quince dibujos hechos en México sobre apuntes de circo callejero; dos cuadros con iguanas, basándose en dibujos que habían hecho en Acapulco. Algunos dibujos y óleos de esa serie, producida en gran parte en Nueva York, han aparecido, cuarenta años después, en las subastas de Sotheby Parke Bernet y se han vendido a precios nunca soñados por mí en aquellos años de privaciones en los que produje. Desgraciadamente, la anciana sonriente, suave y calmada a quien dejé mis pinturas tampoco me pagó ni un dólar por las obras que quedaron en su galería. Fue la primera decepción en mis tratos con *dealers*. En todos esos cuadros y en las pinturas que produje después de mi regreso a México, mi color había cambiado y también mi sentido de la composición, que se basaba en el estudio de los paisajes y naturalezas muertas de

Cézanne. Uno de los primeros cuadros que pinté aquí en México, a mi regreso, al que llamé *Fourteenth Street*, representaba a unos hombres abrigados y tristes en las calles cubiertas de nieve, junto a un monigote formado por un payaso trepado sobre zancos de madera. Fue la última visión de mi calle y mi barrio en Nueva York.

## REGRESO A MÉXICO

Volví a México a finales de febrero de 1941, en un barco que abordé en Nueva York y que arribó a Veracruz. Había comprado el boleto antes de que se agotaran los pocos dólares que me quedaban, pensando que al menos en el barco comería.

Pasé mi cumpleaños a bordo sin que nadie se enterara, a bordo del barco, en un camarote de tercera clase que tuve que compartir con un hombrecito judío como de cincuenta años de edad que también venía a México. Traía consigo un gran estuche repleto de relojes, así como tres o cuatro más en cada antebrazo.

Él no hablaba español y yo un inglés muy limitado. Me pidió que lo orientara en México para llegar a un hotel barato. A cambio de ello pagó mi boleto de segunda clase en ferrocarril de Veracruz hasta la Ciudad de México.

Lo acompañé hasta la administración de un hombre que se encontraba por el rumbo de la Estación del Buenavista y me despedí de aquel hombre triste y solitario que venía a probar fortuna a México.

Volví con mi familia y a mis clases, esta vez en La Esmeralda, la Escuela de Pintura y Escultura que dirigía a su primer animador, el escultor Guillermo Ruiz.

Impartí durante largos años, más de treinta, la clase de dibujo de figura humana desnuda, y pasaron por mi taller varias generaciones de estudiantes como Arturo Estrada, Guillermo Monroy, Fanny Babel y muchos otros. Posteriormente, Benito Messeguer, Enrique Echeverría, Vicente Rojo, Philip Bragar, José Hernández Delgadillo, Fabiano Coral, Miriam Seneris (gran dibujante portorriqueña) y muchos otros artistas mexicanos, israelitas, norteamericanos, japoneses y latinoamericanos.

Mis colegas fueron Agustín Lazo, Manuel Rodríguez Lozano, Carlos Orozco Romero, Carlos Alvarado Lang, José L. Ortiz, Gonzalo de la Paz Pérez, Feliciano Peña, Santos Balmori, Fidencio y Rosa Castillo, Francisco Zúñiga, Fernando Castro Pacheco y algunos otros.

## RETRATOS Y COMPOSICIONES

En el año de 1942 comienza una nueva etapa en mi pintura: retratos y composiciones que reflejan en cierto modo mis observaciones sobre los museos de Nueva York; lecciones aprendidas de los maestros del pasado y del presente. Pinte el retrato de María Asúnsolo, pensando tal vez en Tintoretto y Velázquez. El retrato de María fue seleccionado entre algunos pocos pintados en México para ser exhibido en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, en una exposición que se llamó *Retratos del Siglo XX* (1943).

Entre una serie de retratos pinté el de Victoria Alonso (1944), en el que aparecen de forma discreta, creo yo, las influencias de Cézanne y de Picasso. Siguiéron otros que me gustaría mencionar: el de Ruth Rivera, el de Elisa del Moral, el de Alfa Henestrosa, el de Julia Crespo y otros, hasta llegar a mi *Autorretrato*, pintado en 1947.

## LA EXPEDICIÓN A BONAMPAK

En abril de 1949 estaba yo pintando, entre otras obras, los retratos de Rosaura Revueeltas Elisa Gutiérrez Roldán y Bertha Palavicini, si mal no recuerdo, tuve que interrumpir



alguno de ellos para aceptar la invitación que me hizo Fernando Gamboa para formar parte de la expedición a la zona arqueológica de Bonampak.

Ya había conocido al explorador Carlos Frey, descubiertos de las ruinas de esa zona maya y había escuchado las conferencias del Dr. Norbert Freed y había visto fotos de los lacandones. Tuve serias dudas, especialmente por el peligro que implicaba este viaje a la selva de Chiapas, pero la fascinación de la aventura y la oportunidad de trabajar con temas nuevos y desconocidos, despejaron mi preocupación y me presenté en la oficina de Gamboa en el INBA. Tomé parte en los trabajos de organización y en la adquisición de ropas y equipos para los expedicionarios. Acompañé en esos trámites y compras a Carlos Frey y a Jorge Olvera. Cuando llegó el día de nuestro viaje a Tuxtla Gutiérrez, todos íbamos con el mejor de los ánimos. Nadie se imaginaba la tragedia que poco tiempo después de nuestra llegada a Bonampak ocurriría: la muerte de los queridos compañeros Carlos Frey y Franco Lázaro Gómez, grabador chiapaneco.

Murieron ahogados en el río Lacanjá al volcarse la canoa en que navegaban para cumplir una tarea de la expedición. Sobrevivió otro expedicionario que iba con ellos, el camarógrafo Luis Morales. Mis otros compañeros en la expedición fueron el arqueólogo Carlos Margáin, el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo, los doctores José Puig y Luis Lara Pardo, el pintor Jorge Olvera el grabador Julio Prieto, el químico Andrés Sánchez Flores, el arquitecto Alberto Arai y el periodista Arturo Sotomayor.

Quedó grabada en mi memoria la imagen de Carlos Frey, a quien yo he descrito en mi diario de viaje *Expedición a Bonampak*, como un hombre activo, nervioso y entusiasta; como a un Cristo, rubio, y magro como un leño seco.

Con el material que traje de mi viaje a Bonampak trabajé más de dos años y presenté una exposición formada por dibujos, temples y óleos sobre los lacandones y la selva en el Salón de la Plástica Mexicana.

## PRIMER VIAJE A EUROPA

Con el producto de la venta de mis obras obtuve el dinero necesario para planear y realizar mi primer viaje a Europa, en 1952.

Si la expedición a la selva lacandona me dejó una impresión imborrable y fue una de las experiencias más profundas de mi vida, el viaje de más de tres meses a Europa, recorriendo España, Francia, Inglaterra e Italia y regresando por Nueva York, en donde me quedé algunos días, constituyó otra vital experiencia en mi carrera, un estudio y una observación más amplia de la pintura y la escultura contenidas en los ricos museos de las ciudades visitadas; contemplación directa de las obras arquitectónicas de todos los tiempos. En los museos de cada ciudad, así como en los lugares vitales de reunión popular: iglesias, catedrales, procesiones religiosas y corridas de toros (en España), hice apuntes y dibujos en libretas y cuadernos pequeños, medianos y grandes. Escribí mis diarios de viaje y observaciones de carácter estético.

Presenté mi primera exposición en París, en mayo de 1952, en la Galerie Henri Tronche, de la Rue de la Boétie, a la vez que tomé parte en la primera gran Exposición de Arte Mexicano antiguo, colonial y moderno, que organizó Fernando Gamboa y que se presentó con éxito sin precedente en el Museo de Arte Moderno, en París. Entre otras exposiciones, asistí a una de pinturas y grabados de Georges Rouault, a quien conocí personalmente. Otra importante exposición fue la de los mosaicos del pintor italiano Gino Severini, quien me fue presentado por el crítico mexicano Jorge Juan Crespo de la Serna.

## REGRESO A MÉXICO

A mi regreso a México comencé a trabajar en apuntes y dibujos y pinté algunos óleos sobre catedrales góticas, a la vez que acepté realiza cuarenta y cinco litografías, retra-

tos de héroes y revolucionarios que tuvieron relación con el problema de la tierra. Esta serie de litografías ilustraron *El México rural*, de Nathan L. Wheten.

## OTRAS ACTIVIDADES

Vienen los largos años de enseñanza en La Esmeralda, del INBA y en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional Autónoma de México; las exposiciones; los murales que pinté para el Museo Nacional de Antropología y para entidades privadas.

Los viajes a Estados Unidos y a Europa y las exposiciones individuales y colectivas, los encuentros con artistas extranjeros y con poetas amigos.

En 1965 volví a encontrar, durante mi exposición en París, en el Instituto de Altos Estudios sobre América Latina, a Robert Vrinat, el crítico que escribió sobre mi obra en 1952. Reencontré a Jean Cassou, quien también escribió sobre mi exposición. Me reuní con José Bergamín en el Café de Flors. A Pablo Neruda le hice varios dibujos rápidos mientras él leía sus poemas en el Instituto de Altos Estudios.

En 1967 conocí e hice dibujos, retratos, de Salvador Dalí, Juliette Greco y Giorgio de Chirico. Waldemar George escribió un ensayo sobre mi exposición de ese año en París.

En 1975 realicé una exposición en el Instituto Italo Latinoamericano (IILA), en Roma. Fui invitado a presentar mi obra por el Embajador de México en Italia, Dr. Norberto Treviño Zapata, presidente en turno del IILA. Fue una muestra de los diferentes aspectos de mi obra: figura realista y neocubista.

La exposición fue instalada en la Rotonda, sala en que hacía poco tiempo habían exhibido Giacomo Manzú y Wilfredo Lam.

Asistieron a mi exposición, en visita especial después del acto inaugural, el Presidente de Italia, Giovanni Leone y su señora esposa, Vittoria.

En 1979 y 1980 volví a Europa a trabajar litografía en el taller de Henri Deprest.

Asistí, junto con Jorge González Camarena, a finales de 1979, al Congreso Internacional de la Asociación Internacional de Artes Plásticas (AIAP), que tuvo lugar en Stuttgart, Alemania. En aquel entonces, González Camarena era el Presidente de la Sección Mexicana de esa asociación, y yo el vicepresidente.

En 1980, a invitación de Víctor Flores Olea, representante de México ante la UNESCO, exhibí en el Centro Cultural de México en París. Realicé también algunos aguafuertes en los talleres Lacourière et Frélaud.

Mis exposiciones más recientes se han llevado a cabo en California, Estados Unidos: en Palm Springs, Los Angeles, Santa Bárbara, Pasadena, Palos Verdes y Huntington Beach. He trabajado varias temporadas en el taller litográfico Ocean Works, en Newport Beach.

Con parte de la obra producida a lo largo de mi carrera, presenté una exposición de ciento setenta obras en el Palacio de Bellas Artes (mayo, junio y julio de 1982); fue una síntesis que me ha permitido ver mis trabajos reunidos y observarlos como obras a la vez extrañas y propias. Una experiencia interesante que me confunde y me estimula, que me hace sentir insatisfecho y con deseos de seguir adelante y superar mis defectos y carencias.

Esta exposición fue una muestra, una vertiente en lo que se refiere a tendencia artística y a sentimientos, de la corriente pictórica de la generación de la que formo parte y que floreció en los años cuarenta. Esa que hemos dado en llamar la "Segunda Generación" y que estuvo integrada, sin formar grupo verdaderamente, por Juan O'Gorman, Julio Castellanos, Alfredo Zalce, Carlos Orozco Romero, Jesús Guerrero Galván, Francisco

Dosamantes, Guillermo Meza, José Chávez Morado, Pablo O'Higgins, Jorge González Camarena, Ricardo Martínez, Luis Nishizawa, José Reyes Meza, Juan Soriano y otros más jóvenes. Una generación o dos que se interpolan y que se sacudieron la influencia de los llamados "Tres Grandes", y que han sido formadas por una rica gama de personalidades y estilos. Generación profundamente mexicana y universal, sin pintoresquismos superficiales y que merece ser estudiada por la crítica.

Las obras de los artistas que integran esta "Segunda Generación" y la de los pintores más jóvenes, deben exhibirse en forma amplia y permanente en algún museo especial o en el Gran Museo de la Pintura Mexicana, que aún no existe en nuestro país.

**POR: RAÚL ANGUIANO**

14 de Abril de 1983